

RESPONSABILIDAD

La mañana que maté a mi padre sólo había bebido un par de orujos, no estaba borracho como alegó mi abogado. Después sí, después me bajé otros tres y tuve que sentarme en el viejo sillón orejero del salón, todavía con el martillo ensangrentado entre las manos, esperando a la policía o a los remordimientos, lo primero que llegara. Fue la policía.

Los agentes fueron muy amables, no me pegaron ni me empujaron; me esposaron y me metieron en el coche patrulla cuidando bien de que no me golpeará la cabeza contra el quicio de la puerta trasera. Después, en el viaje a comisaría, apenas unas palabras, del estilo de: *¿pero qué has hecho, hombre?*, pero nada de insultos ni reprimendas. Quizá ellos ya sabían.

Lo cierto es que lo peor fue cuando me llevaron a la cárcel, a la espera de juicio. Ahí sí hay gente mala de verdad: ladrones, estafadores, políticos corruptos. Pasé mucho miedo y también pasé mucha sed, el orujo no es un artículo que se encuentre fácilmente en prisión. Si fueran drogas, o armas, entonces no habría tenido problemas de abstinencia. Pero tuve que arreglármelas como buenamente pude y, además, sin recibir ninguna visita a excepción de las que me hizo mi abogado un par de veces. Tampoco es que yo buscara mucha compañía. Así podrás aclarar tus ideas, me decían, así podrás meditar bien sobre lo que has hecho. Pero yo lo tenía todo muy claro, no necesitaba reflexionar nada más sobre lo sucedido. Y menos aún comentarlo con nadie. No tenía entonces a nadie con quien hablar, con quien compartir mis pensamientos. Aunque tampoco es que tuviera a mucha gente para ello antes de lo ocurrido. Apenas los cuatro clientes para los que hacía algunos encargos de reparto, pero eran siempre conversaciones intencionadamente banales, vaya calor, cómo está el tráfico, hay que ver la juventud. Conversar está sobrevalorado, escuchar las tonterías sin sentido que te pueda contar un prójimo más o menos descerebrado no tiene ningún valor, compartir tus ideas o sentimientos con otra persona es regalar lo mejor de ti a cambio de nada, es intentar convencer al otro de que eres mejor que él, o simplemente es querer presumir de lo listo y gracioso que eres. No es mi rollo. Siempre fui un tipo callado.

En la prensa airearon el suceso, le dieron cierta publicidad. “El parricida del martillo” titulaban. E incluso pretendieron hacerme alguna entrevista. Lo que me faltaba. Ni les contesté. Exageraron mucho todo el asunto. No hubo ensañamiento. Es cierto que le pegué varios martillazos en la cabeza, pero fue para asegurarme de que estaba muerto, no quería que se quedara como un vegetal, eso no es vida para nadie. El juez me ha preguntado si lo volvería a hacer. Pero, ¿qué pregunta es esa? ¿cómo voy a volver a hacerlo? Si ya maté a mi padre, ¿a quién más voy a matar? ¿Acaso creen que soy un asesino?

El abogado es un picapleitos de poca monta, un tipo del turno de oficio que se pasa el juicio mirando el reloj y consultando chorradas en el móvil. Supongo que no le importa demasiado lo que me pueda suceder. No le culpo. Para él la vida seguirá. Para mí, todo acabó aquella mañana. Tampoco es que acabara gran cosa, hay que decirlo. Pero no estaba borracho como él alegó. Estaba perfectamente sereno y sabía bien lo que hacía. Vi a mi padre ahí, de pie, con su camiseta amarillenta sin mangas, con sus pantalones viejos de tergal, con sus cuatro pelos desaparejados apuntando cada uno en una dirección. Le vi y él me vio a mí, se dio lentamente la vuelta con la mirada un poco perdida y me entregó el martillo que hasta ese momento sostenía en su mano. No tuvo que decir nada, nos conocemos de siempre, no necesitamos hablar. El primer golpe sonó como cuando cascara una nuez. Lo curioso es que no se desplomó inmediatamente, sino que se quedó como temblando, con la mirada embobada, mientras un hilillo de sangre le iba cayendo del cráneo al suelo formando un pequeño charco en el parqué deslustrado. Entonces le di el segundo golpe y, ya con él en el suelo, le di el resto que fueron ya más sordos y, desde luego, totalmente efectivos.

La verdad, para ser sinceros, mi padre nunca fue malo conmigo. Pocas veces me pegó. Algunas merecidamente, si somos realistas. Como cuando le llamé cabrón o como cuando de chaval le sisé cinco mil pesetas de la cartera. O como cuando le estrellé la furgoneta que había cogido sin permiso una madrugada volviendo de fiesta. Por lo demás, nunca se metió conmigo, no esperaba nada de mí y yo tampoco nada le ofrecía, con lo que las expectativas eran satisfechas sobradamente.

Heredé el negocio de reparto y heredé la furgoneta vieja y abollada. Papá apenas podía levantar peso por lo de la hernia y además estaba ya viejo y cansado, y casi ni salía del salón de casa. En realidad, apenas salía del sillón orejero. Para ir a mear y a dormir, prácticamente, agarrado siempre a sus crucigramas y al mando de la tele. Ciertamente una vida insípida, pero oye, era su vida, y él no parecía aspirar a otra cosa. Tampoco en su

vida anterior a la jubilación había deseado nada en particular: trabajar durante la semana, jugar la partida los viernes, dormir la siesta con mi madre los sábados, escuchar el fútbol por el transistor los domingos.

Era desde luego un tipo de mal genio, pero cómo no tenerlo. Con esa vida gris y ruin, con esas esperanzas en una vida mejor o, simplemente en una vida, truncadas ya en su juventud. Yo, lo que tenía que haber sido es ebanista, se me daba muy bien tallar piezas de madera cuando era chico, me decía. Con ese trabajo sin más horizontes que la próxima entrega, sin más alicientes que terminar pronto para ir al sofá y sin más peligro que evitar a los municipales para que no le pararan y le pidieran la documentación caducada de la furgoneta. Con un matrimonio muerto desde hace años, con un hijo medio tarambana y vago como yo. Quizás porque soy más grande de lo que era él, quién sabe si por cariño, seguro que por cobardía, sus malos humores los pagaba siempre con mi madre, nunca conmigo. Gritos, insultos, vejaciones. Desde luego algún que otro guantazo tuvo que haber. Eso sí, nunca que yo lo viera. Que si la comida está fría, que si que te calles ya, que si no aguanto a la zorra de tu hermana, que si ya te has gastado el sobre de la semana y estamos aún a jueves. Mi madre al principio le hacía frente y le contestaba, después solo lloraba y al final aprendió a callar y a sufrir en silencio, cargando una mochila de rencores y decepciones con un peso que le fue encorvando la espalda. Se refugió en las telenovelas del mediodía y en las tragaperras de las mañanas. Por las noches no encontraba refugio, así que simplemente no salía de la cocina si no era imprescindible, hasta que mi padre se iba a la cama. Así durante toda una vida hasta que, harta de todo, decidió marcharse de casa, justo la misma mañana en que maté a mi padre.

Claro que tengo algún recuerdo de niño, claro que me acuerdo de momentos felices, de alguna excursión un domingo al campo, del primer cigarrillo que me ofreció mi padre, ya tienes quince años, ya eres casi un hombre. Pero sobre todo lo que recuerdo es la monotonía de cada día, la tristeza de sus amaneceres sin nada por lo que esperar, la violencia contenida de los atardeceres porque nada de lo no esperado había llegado... Ahora ya no tendré nada que recordar y, con suerte, podré olvidar muchas cosas. Al principio mi padre intentó inculcarme algunos valores: trabajo, lealtad, justicia, familia. Poco a poco se fueron difuminando a través de su propio ejemplo. El trabajo era una basura y sólo conducía a la miseria. La lealtad era tan sólo para consigo mismo y su sillón orejero. La injusticia con que trataba a mi madre, con sus gritos y golpes, con sus desprecios y sus insultos, quebraba todos los pilares de nuestra familia.

Lo único que mi padre sí me enseñó fue la importancia de la responsabilidad. Uno debe ser siempre responsable de sus actos y asumir sus consecuencias, me decía. Apechuga con lo hecho, no te escaquees, ten dignidad. Esto lo llevó siempre a rajatabla, bien hay que decirlo. Fue un hombre coherente con este principio hasta el final. Y yo también quiero serlo. No pretendo engañar a nadie, no pretendo esconderme de lo que hice ni eludir mi responsabilidad. Soy responsable de mis actos, merezco la pena que me imponga el juez. No pienso apelar ni alegar nada, como pretende el imbécil de mi abogado. A lo hecho, pecho. Hice lo que hice y no me arrepiento y, en cualquier caso, ya es tarde para lamentaciones. Todo hecho tiene su consecuencia. Lo acepto y lo asumo. Me responsabilizo de mis obras y de mis decisiones.

Pero yo no maté a mi madre, como acusa el fiscal. Mi padre fue fiel a sus principios. Se mostró responsable de sus actos cuando me pasó el martillo, ya ensangrentado, esa mañana en la que yo solo había bebido un par de orujos.

-FIN-